

## ESTUDIOS

## RECONOCER LA ESPIRITUALIDAD DEL NIÑO

ANA BERÁSTEGUI PEDRO-VIEJO\*

Fecha de recepción: febrero de 2019

Fecha de aceptación y versión final: marzo de 2019

### RESUMEN

*Durante mucho tiempo se ha mirado con desconfianza la espiritualidad infantil por considerar que los niños eran demasiado pequeños para algo tan elevado. Sin embargo, cada vez entendemos mejor que la espiritualidad es algo que empieza en Dios, que está presente desde el principio en todo niño, de manera inherente a su dignidad, y que es importante para su desarrollo. El primer paso para cuidar esta espiritualidad es reconocerla para lo que se proponen cuatro movimientos sucesivos e interconectados: definir, confiar, conocer y valorar*

PALABRAS CLAVE: niños, espiritualidad, maduración en la fe, lenguaje

### RECOGNISING CHILD SPIRITUALITY

### SUMMARY

*Child spirituality has for a long time been viewed with certain scepticism because children were considered too young to comprehend such a complex concept. Nevertheless, we are beginning to understand that spirituality is something that begins in God, present from the child's beginnings, inherent in their dignity, and important for their development. The first step towards taking care of spirituality*

\* Investigadora propia Adjunta del Instituto Universitario de la Familia Universidad P. Comillas. a.berastegui@comillas.edu

*is to recognise it, for which four successive and interconnected movements are proposed: define, trust, know and value.*

KEY WORDS: children, spirituality, maturation in faith, language

---

Los agentes de pastoral, preocupados por la pérdida de fe de las nuevas generaciones, volvemos nuestro interés hacia la infancia, ¿por qué los niños ya no van a la Iglesia? ¿por qué los niños ya no conocen las oraciones más elementales? ¿por qué los niños ya no creen? Si buscamos respuestas en los datos disponibles descubriremos que, ciertamente, no son mayoría los que van a la misa dominical (solo un 38% lo hacen), pero no es verdad que no creen. Más de un 80% de los niños españoles entre 6 y 21 años dicen creer en Dios y rezan alguna vez<sup>1</sup>. En la adolescencia siguen siendo mayoría los creyentes, aunque con la edad va descendiendo el número de ellos, en parte por el desapego hacia una Iglesia que no entienden y de la que se sienten lejos.

Estos datos nos ayudan a entender que, aunque no veamos a los niños en la Iglesia, la mayoría ellos creen en Dios, entendido de formas muy diversas, y se comunican con Él; muchos de ellos se consideran cristianos y están esperando un modo de expresar, canalizar y desarrollar esa fe. La pastoral infantil tiene una tierra fértil sobre la que asentarse y la Iglesia una oportunidad de convertirse en un espacio de acogida, refugio, exploración, vinculación y sentido para la experiencia espiritual de nuestros niños de hoy. Sin embargo, es posible que estemos desaprovechando esa oportunidad, en parte por nuestra incapacidad de escuchar y atender, de reconocer a la dimensión espiritual que se manifiesta fuera de los cauces habituales de participación eclesial.

En el presente artículo, vamos a tratar de activar este reconocimiento a partir de cuatro movimientos sucesivos e interconectados: definir, confiar, conocer y valorar.

- 
1. F. VIDAL y R. MOTA, *Encuesta de Infancia en España 2008*. Fundación Santa María, Madrid 2008 Disponible en [www.fundacion-sm.com](http://www.fundacion-sm.com) y S. ADROHER - F. VIDAL, *Infancia en España: Nuevos desafíos sociales, nuevas respuestas jurídicas*. Madrid, Universidad Pontificia Comillas, 2009.

## 1. Definir: ¿Qué es la espiritualidad infantil?

Son muchas las definiciones que se han dado de la espiritualidad, tanto en general como referida a la experiencia infantil, aunque, como la mayoría de las cosas importantes, es una realidad elusiva, que se resiste a ser apresada por las palabras. Una aproximación, que puede ayudarnos a comprender su presencia en la vida del niño, es la que aporta Rebeca Nye cuando dice que la espiritualidad “*es como hemos sido creados*”<sup>2</sup>. La espiritualidad es algo que empieza en Dios; por ello, está presente en toda persona, de manera inherente a su dignidad, desde el inicio de su existencia.

Si la espiritualidad es una dimensión puesta por Dios, y universal del ser humano, es esperable que esté presente en el niño, actualizando su condición de criatura<sup>3</sup>. No es, por lo tanto, algo que debemos incorporar o inocular sino algo que debemos aprender a ver y conocer para poder cuidar. Además, si la espiritualidad es inherente a la condición de criatura, reconocer la dimensión espiritual del niño, es reconocer su carácter de ser humano pleno, su dignidad humana.

Los especialistas en espiritualidad infantil la entienden como “*un elemento vital de la condición humana, que forma parte de su capacidad relacional, a partir del cual el individuo experimenta diferentes niveles de conexión con uno mismo, y todo lo que no es uno mismo*”<sup>4</sup>, es decir, con los otros, con lo sagrado o con Dios, con el tiempo y con el espacio. Si la espiritualidad es una dimensión encarnada en la capacidad relacional de la persona, es también esperable que vaya tomando forma de la mano de los cambios

- 
2. He de reconocer la enorme influencia que tiene Rebeca Nye en mi modo de entender la espiritualidad Infantil y la referencia esencial de su libro como base y referencia central de este capítulo: R. NYE, *La espiritualidad infantil: en qué consiste y cómo enriquecerla*. San Pablo, Madrid, 2018.
  3. A. BERÁSTEGUI y F. VIDAL, “La familia contemporánea y el sujeto psíquico capaz de experiencia religiosa/ignaciana”. En R. MEANA, J. GARCÍA DE CASTRO, F. RAMÍREZ y J. TATAY (COORD.), *Bases antropológicas. Reflexiones en torno a antropología ignaciana*. Grupo de Comunicación Loyola, Bilbao, en prensa.
  4. M. SOUZA, “Spirituality and well-being”. *International Journal of Children's spirituality*, 14 (2009) 181-184. Traducción de la autora.

en su forma de relacionarse, como tal debe ser algo cuidado, enriquecido, comprendido o cultivado en el desarrollo.

Esta definición de la espiritualidad, la considera una dimensión universal, independiente de la educación en una tradición religiosa concreta<sup>5</sup>. Esto no implica que religión y espiritualidad no estén relacionadas ni a que la espiritualidad sea una religión sin Dios o sin comunidad, una religiosidad estrechada y espiritualizada, como muchos han criticado; sino que la segunda precede y supera a la primera. Por otro lado, no resulta descabellado identificar espiritualidad y fe, al menos en el niño, porque la espiritualidad refiere a algo que uno cree, un modo de conciencia y un contenido de conciencia, al tiempo que refiere a una confianza, a un modo de relación con algo que se percibe como otro.

## **2. Confiar: metáforas y enfoques pastorales sobre la espiritualidad infantil**

El primer paso para cuidar la espiritualidad del niño es confiar en su existencia, en sus posibilidades de desarrollo durante la niñez y en la fortaleza de esa dimensión.

Durante mucho tiempo se ha considerado que los niños eran demasiado pequeños para algo tan elevado como la espiritualidad. De alguna manera, los adultos nos hemos vuelto ciegos o incrédulos a la espiritualidad infantil, lo que ha hecho que, en la aproximación pastoral se haya negado, desatendido o desconfiado de esta dimensión, inhabilitando al niño crecer en su dimensión espiritual. Los distintos enfoques pastorales esconden algunas de estas miradas que derivan en prácticas que pueden limitar o desconectar a los niños de esta espiritualidad con la que nacen<sup>6</sup>.

---

5. T. EAUDE, "Happiness, emotional well being and mental health—what has children's spirituality to offer?". *International Journal of Children's Spirituality*, 14 (2009) 185-196. D. HAY y R. NYE, *The spirit of the child*. Jessica Kingsley Publishers, Londres 2006. B. HYDE, *Children and spirituality: Searching for meaning and connectedness*. Jessica Kingsley Publishers, Londres, 2008.

6. NYE, R., *op. cit.*

*a) La tierra buena y el enfoque de la transmisión de la fe:*

En la comprensión más clásica, todavía presente en muchos de nuestros agentes y prácticas pastorales, se ha funcionado bajo el presupuesto de que la espiritualidad era algo que había que enseñar, inocular o transmitir. El niño es considerado como una tierra en la que hay que plantar la semilla de la fe. Para ello se considera importante preparar la tierra, quitarle la maleza, abonar, arar, crear los surcos por los que luego, en la vida adulta, podría germinar la semilla. Este preparar la tierra es tarea de la familia y luego del pastoralista que entregan, poco a poco, el cuerpo de conocimientos imprescindibles para habilitar la experiencia espiritual, que es considerada como típicamente adulta, e incluso reservada para unos pocos escogidos o especialmente maduros. La presunción de este enfoque es que hay que entender algo para poder experimentarlo y, por lo tanto, se espera a que el contenido dé lugar a la experiencia, y cuando no es así se entiende que ha habido fallos en el proceso de transmisión.

Sin embargo, acercarnos a la experiencia del niño nos permite vislumbrar que hay una experiencia espiritual, incluso una experiencia de fe, que es pre-religiosa, en el sentido de que no necesita una socialización religiosa para darse y en el sentido de que es requisito para que el lenguaje religioso se construya como una realidad significativa en la experiencia del niño.

*b) La semilla durmiente y el enfoque del despertar de la fe:*

Una visión algo menos esforzada y algo más optimista de la experiencia de fe entiende que la posibilidad de la experiencia espiritual depende de Dios, que es quien planta la semilla, por lo que sólo hay que esperar a que germine en el tiempo que sea propicio que no es, desde luego, la infancia. El paradigma del despertar de la fe busca tener la tierra regada, entretenida y a la espera, mientras llega la adolescencia que es el momento en el que puede empezar a verse el despertar de la semilla. La espiritualidad así entendida es una dimensión dormida que solo emerge en el desarrollo, cuando las necesidades consideradas más básicas

(biológicas, de seguridad, afectivas e identitarias) han sido cubiertas<sup>7</sup>. Solo entonces, podrá despertar la fe. Aplicado al desarrollo, el bebé debe dedicar sus primeros momentos a la satisfacción de necesidades fisiológicas, como comer y dormir, que van siendo de seguridad en el preescolar, de afiliación en la infancia, de reconocimiento en la adolescencia y solo alcanzan la dimensión espiritual, ligada a la autorealización, en la vida adulta.

Desde esta perspectiva se confía en la fe como una vocación inscrita pero latente, de manera que la pastoral se vuelca en entretener al niño, manteniéndole al margen de las cuestiones netamente espirituales, aunque ayudándole a crecer en la escalera de las necesidades (de juego, de amistad, de valores, de identidad), mientras llega el momento de la fe. De alguna manera, en este enfoque se impulsan actividades “como si” el niño tuviera espiritualidad, o simplemente de crecimiento personal o social, mientras que esta dimensión va despertando. Al mismo tiempo, se procura que los niños puedan estar entretenidos en la iglesia haciendo “cosas de niños” para que los adultos puedan tener espiritualidad.

*c) El brote verde y el enfoque de la maduración de la fe*

Un tercer enfoque entiende que el niño es tierra buena en la que Dios ya ha plantado una semilla que comienza a crecer desde el principio de la vida, pero entiende que esa espiritualidad es un brote verde, todavía frágil, inmaduro e influenciabile, y que hay que mantener a salvo de las dudas, de las equivocaciones o de las frustraciones, poniéndolo en una maceta pequeña, en un invernadero cerrado, sola junto a otros brotes...

La consideración de la espiritualidad del niño como algo inmaduro puede cristalizar en dos visiones, la de considerarla algo fantasioso y poco creíble o la de considerarla algo frágil e influenciabile.

---

7. El famoso esquema piramidal de Maslow sobre las necesidades humanas es la teoría en la que se fundamentan muchas de estas aproximaciones. A. H. MASLOW, “A theory of human motivation”. *Psychological review*, 50 (1943), 370. Esta teoría es muy popular a pesar de haber sido refutada hace más de 40 años por falta de evidencias de su validez empírica.

La psicología de la religión arrastra, desde tiempos de Freud, esta primera idea por la cual la religiosidad es algo que, por emerger en la infancia, puede ser considerado algo infantil, inmaduro y, por ello, patológico cuando se da en un adulto. En el mejor de los casos, la religiosidad tiene que liberarse de sus formas infantiles para poder volverse una fe adulta y por lo tanto buena y verdadera<sup>8</sup>.

Por supuesto que la espiritualidad del niño es infantil, al igual que su sistema digestivo o su sistema locomotor o su cognición, y que ese carácter infantil lo hace de alguna manera dependiente de los adultos y vulnerable. Pero reconocer su carácter infantil no debería entrañar un juicio de valor. El término infantil, por el contrario, refiere a que tiene la forma del niño, una forma armónica con su capacidad de percibir, pensar, experimentar y, especialmente, de conectarse y relacionarse en cada momento de su infancia.

En este sentido, que tenga que crecer no significa que no sea real, que no sea valiosa y que no sea plena en sus distintas formas y etapas. Pensemos en otras relaciones significativas; no nos atreveríamos a decir que la relación del bebé con su madre, o su padre, es una relación falsa, o a considerar que es poco importante porque no ha alcanzado el grado de madurez y autonomía que sería esperable para la vida adulta. Por supuesto que la relación del niño con sus padres tendrá que cambiar, que ir tomando una forma acorde a la edad y las circunstancias de ambos, por supuesto que si esta relación no cambia con la vida quedará atrofiada y podría ser dañina, pero si no se cuida como algo importante podría ser peor. Pues algo similar pasa con la dimensión espiritual. De hecho, el modo en que atendamos a estas primeras relaciones, el modo en el que crezca el modo de relacionarse con las personas de su entorno estará estrechamente ligado al crecimiento de la propia dimensión espiritual y viceversa<sup>9</sup>. La espiritualidad infantil es “*el modo de Dios de estar con el niño y del niño de estar con Dios*”<sup>10</sup> y adopta la forma que tienen ambos.

---

8. C. DOMÍNGUEZ, *Creer después de Freud*. EDUCC, 2010.

9. Para profundizar en esta relación entre apego y espiritualidad consultar A. BERRASTEGUI “De la experiencia de crecimiento humano al encuentro con el misterio”. En C. SOTO, *He visto al que me ve*. Editorial Verbo Divino, Estella 2006.

10. R. NYE, *op. cit.*

De algún modo este enfoque de la maduración, o de la inmadurez, cree que existe la espiritualidad del niño, pero confía poco en ella y la coloca en un espacio “solo para niños”, dándole todo masticadito, en porciones pequeñas, orientando la pastoral al mundo de lo seguro, lo “infantilizado”, lo ñoño, ahogando la dimensión de exploración y de búsqueda que podría hacerla crecer y haciéndolo lejano del mundo de intereses y necesidades de los niños.

La espiritualidad infantil es, ciertamente vulnerable, pero la sobreprotección, la desconfianza, la falta de reconocimiento puede ser tan dañina como la ausencia de cuidado. El crecimiento de la fe tiene que ver, como tiene que ver el crecimiento locomotor, el crecimiento intelectual, el crecimiento relacional, con la posibilidad de experimentar, de explorar, de ponerse a prueba, de caer y levantarse, de acercarse creativamente a esa experiencia. La fe nunca puede crecer con el niño si somos incapaces de sacarla de un tacataca pastoral, por miedo a perderla.

*d) El grano de mostaza y el enfoque de la confianza y el acompañamiento*

El acompañamiento de la fe del niño tiene que ver con la tierra, con la semilla, con los brotes, con echar raíces y con crecer, como contemplan los enfoques previos... pero sobre todo tiene que ver con la esperanza que se nos regala en todas las parábolas de la siembra, especialmente el granito de mostaza. De niña, al leer este texto, siempre pensé en una semilla pequeña y un árbol gigante, magnífico, con un grueso tronco y tres ramas hacia los lados... el prototipo de un árbol adulto: una secuoya. Pero el granito de mostaza crece hasta hacerse un arbusto, “la mayor de las hortalizas”. Un arbusto capaz de crecer a pesar de hacerlo en suelos mal preparados, secos y salinos, que crece hacia dentro; un arbusto que crece silvestre, que no necesita invernaderos, que crece fuerte; un arbusto que no crece mucho a lo alto sino en horizontal, hacia el encuentro con otros arbustos con los que hace red, un arbusto capaz de servir de cobijo a otros.

Quizás, cuando miremos a la vida espiritual de los niños, no seamos capaces de ver mucho o lo que veamos sea frágil, pequeño o incluso feo por fuera, pero se están afianzando las raíces, que son desorganizadas y locas pero que son capaces de llegar a las fuentes de agua y, en su búsqueda van a hacer posible el crecimiento de la fe.



Desde este enfoque, no debemos preocuparnos por preparar para la fe, la fe está desde el principio; no tenemos que esperar a que despierte, la semilla está creciendo aun cuando no se vea; no tenemos que temer, la semilla es capaz de crecer en situaciones difíciles. La metáfora del granito de mostaza nos llama a confiar en Dios y en el niño; a atender con asombro a su crecimiento; a ser compañeros de camino y crecer juntos en nuestra espiritualidad; asumiendo una perspectiva pastoral fundamentalmente relacional. Pensar en la espiritualidad del niño desde el granito de mostaza nos lleva a pensar que lo más importante para apoyar la espiritualidad del niño es creer en ella, asombrarse con ella, celebrarla y crecer a su lado.

### **3. Conocer: algunos rasgos característicos de la espiritualidad infantil**

Como hemos mencionado, los niños creen y rezan y, si los escuchamos, podemos seguir el rastro de su experiencia espiritual, aunque, para ello, tenemos que abrir nuestra mirada y conocer el modo en el que se presenta lo espiritual en sus vidas<sup>11</sup>.

La experiencia espiritual en la infancia implica frecuentemente un modo especial de conciencia o conocimiento que tiene una fuerte dimensión de relación o conexión<sup>12</sup> e incluye una dimensión emocional que hace que se experimente en el propio cuerpo —más que fuera o como una realidad puramente mental. Por otro lado, permite al niño conectar con cuestiones que describe como más allá de lo comprensible y de lo fácilmente explicable como la muerte, la soledad, la identidad, la libertad, el sentido o la trascendencia.

---

11. La investigación de Rebeca Nye y David Hay describe la experiencia espiritual infantil a partir de su análisis de conversaciones abiertas con niños de distintas edades en las que ellos hablan de “lo que de verdad importa”, en las que se revelan algunas características de las experiencias espirituales en la infancia, aunque también consideran que hay espiritualidad más allá de estas experiencias específicas. D. HAY y R. NYE, *op. cit.*

12. R. NYE, *op. cit.*

Además, estas experiencias pueden ser breves y aisladas, pero se viven como intensas, valiosas y poderosas y su recuerdo perdura mucho tiempo después. Por lo general se manifiestan como experiencias globales, no especializadas, es decir, que no se refieren al ámbito explícitamente religioso, sino que se dan al margen de la socialización y aparecen conectadas a las experiencias de la vida cotidiana.

Si damos crédito a estas experiencias y comprendemos su dimensión espiritual podremos descubrir una espiritualidad privilegiada en los niños, que se da de forma frecuente y abundante desde edades muy tempranas, y de hecho va perdiendo frecuencia y credibilidad a medida que crecen, quizás por la falta de reconocimiento y soporte por parte del adulto.

El carácter no convencional de estas experiencias, el hecho de que no se exprese en los códigos especializados que los adultos entendemos como portadores de lo religioso, nos lleva con frecuencia a desatenderlas o infravalorarlas, enseñando al niño a infravalorar su propia experiencia o su búsqueda. Por otra parte, la evolución de esta dimensión no es lineal, se vuelve intensa en algunos momentos (alrededor de una experiencia vital relevante o de algo que la hace despertar) y parece permanecer latente otro tiempo, lo que nos dificulta controlarla y sujetarla a planes, etapas y objetivos.

Pero cuando el niño empieza a responder exactamente lo que se espera de él y en el momento en el que se espera, en una homilía o en una catequesis, es probable que haya perdido su “voz espiritual”<sup>13</sup>, que esté desconfiando de su búsqueda, que haya aprendido que la religión no tiene que ver con su experiencia sino con el manejo de un código binario, de acierto y error.

Ofrecer el lenguaje religioso como una herramienta para explorar su experiencia es importante y valioso, pero no deberíamos dejar que el código asfixiase la experiencia. Las religiones ofrecen “avenidas” para alimentar y permitir la expresión de la espiritualidad y en este punto la religión y la espiritualidad se conectan, se superponen y empiezan a resultar

---

13. R. NYE, *op. cit.*

indistintas. Pero también se pueden considerar vías paralelas. Si la religión marcha adelante sin reconocer y conectar con la espiritualidad será un vehículo hueco.

Por el contrario, atender, escuchar y acoger las experiencias del niño, valorar su importancia, crear espacios de hospitalidad<sup>14</sup> en los que las experiencias son aceptadas, afrontadas y trascendidas, en los que también hay lugar para la confusión, el daño o la dificultad, en los que no se ofrecen respuestas rápidas, cerradas y asustadas, sino que se acompaña en la búsqueda, puede nutrir y sostener esta experiencia.

Así, con respecto a la espiritualidad infantil hay que seguir a Hipócrates, “lo primero es no dañar” o quizás a San Ignacio y “dejar a la criatura con su creador” y solo a partir de ahí ofrecer el lenguaje religioso como camino.

#### **4. Valorar: la importancia de la espiritualidad durante la infancia**

La espiritualidad ha sido reconocida como derecho de la infancia. La convención de derechos del niño afirma en su art. 27 que “*Los Estados Partes reconocen el derecho de todo niño a un nivel de vida adecuado para su desarrollo físico, mental, espiritual, moral y social*”. La espiritualidad es entendida como un aspecto diferencial de la experiencia humana, que no está contenida en las categorías de lo físico, lo mental, lo moral o lo social<sup>19</sup> y, por lo tanto, debe ser protegida y cuidada de forma específica.

Lamentablemente, este derecho ha recibido poca atención a nivel de las políticas públicas y de los movimientos de derechos del niño. De alguna manera, se ha entendido como un derecho de tercera generación, ligado a la diversidad cultural y no como un derecho primario, relacionado con la dignidad y el desarrollo como ser humano<sup>15</sup>, por lo tanto, se ha considerado algo a promover desde las distintas confesiones religiosas, y no

---

14. B. K. MYERS, *Young Children and Spirituality*. Routledge, New York 1997.

15. S. SAGBERG, “Taking a children’s rights perspective on children’s spirituality”. *International Journal of Children’s Spirituality* 22 (2017) 24-35.

como un derecho universal a tener en cuenta desde todas las agencias en contacto con los niños.

Sin embargo, reconocer la espiritualidad del niño no es solo preservar su derecho a ser educado en la fe de su comunidad o de su familia, sino que va más allá, o más acá, e implica considerar al niño una persona plena, y no solo un proyecto de persona o una “persona del futuro”. Reconocer su dimensión espiritual no es solo reconocer un derecho aislado, sino que es una puerta para reconocer la plenitud de sus derechos humanos de forma íntegra y actual, la especial necesidad de protección de esos derechos, e incluso los derechos especiales que derivan de su condición de niño. El derecho del niño a crecer en un ambiente de amor, el derecho a ser educado o el derecho a vivir en libertad también forman parte de sus derechos espirituales.

Por ello, cualquier entidad que aspire a proteger los derechos del niño debería tener en cuenta de forma explícita su espiritualidad, del mismo modo que cualquier entidad preocupada por su espiritualidad debería comprometerse firmemente con la protección, promoción y respeto a sus derechos como persona y como niño.

La espiritualidad no es una dimensión aislada del desarrollo, sino que entra en juego de forma muy activa e interconectada con otras dimensiones de la vida y el crecimiento infantil, porque le permite desarrollarse en conexión con aquello que es importante y, por lo tanto, le permite crecer con sentido. De esta manera, no podemos entenderlo como un plus, que mejora la vida cuando está presente pero no es realmente importante si no está, sino como uno de los motores del desarrollo y el bienestar. Desde esta perspectiva, Erickson, por ejemplo, explica todo el proceso de maduración de la cuna a la tumba a partir de las grandes preguntas existenciales-espirituales, que tiene que enfrentar la persona a lo largo de la vida, muchas de ellas durante la infancia<sup>16</sup>.

Finalmente, la espiritualidad es valiosa porque ayuda al niño a comprender y a afrontar las dificultades de la vida, que están presentes a lo largo de

---

16. E. ERICKSON, *El ciclo vital completado*. Paidós Iberica, Barcelona, 2000.

la infancia de un modo especialmente intenso y fundante. La infancia ha sido erróneamente pintada como un tiempo exclusivamente feliz, a salvo de preocupaciones y de sufrimiento; pero lo cierto es que la vida de los niños está salpicada en mayor o menor medida de experiencias de adversidad: dolor, enfermedad, miedo, incertidumbre, pérdida, ruptura, fracaso. La búsqueda de un sentido en la adversidad, la aprehensión espiritual de la misma, es una de las variables que se han relacionado frecuentemente con la resiliencia, de la posibilidad de crecer a partir de la adversidad en diversas circunstancias y, por lo tanto, si está bien orientada, un poderoso espacio de apoyo a los niños y adolescentes que atraviesan situaciones difíciles<sup>17</sup>.

## Conclusión

El cuidado de la espiritualidad del niño, desde el comienzo de la vida, ha de ser una cuestión que ha de tomarse en serio por todos aquellos que se preocupan y ocupan de los niños, y muy especialmente por la Iglesia.

Reconocer la espiritualidad infantil, comprenderla, confiar en ella, conocerla y valorarla son pasos imprescindibles para aprender a cuidarla y nutrirla. Aplicar enfoques pastorales caducos, desconfiados o pesimistas solo nos llevará a ahogar la semilla plantada en cada niño desde su creación. Para ello, los agentes pastorales debemos hablar menos a los niños, escucharlos más y dejarnos sorprender.

Finalmente, la infancia no es solo un momento de la vida de especial riqueza espiritual, sino que puede ser entendida como un lugar teológico, un criterio hermenéutico desde el que comprender a Dios, el mejor modo de relacionarnos con él o el mensaje de las escrituras. Que Dios se hiciera niño (Lc 2,7), que Jesús se identificara con los niños (Mc 9, 37), que hacernos como niños sea condición para entrar en su Reino (Mt 18, 3) puede ayudarnos a acercarnos con ojos nuevos a los niños, a la espiritualidad y a Dios mismo.

---

17. E. B. VALLÈS, *Espiritualidad y educación social*. Editorial UOC, 2014.